

## ¿Ayudar, siempre es ayudar...?



*Y* nunca más los vio.

Pero recuerda siempre, la última vez de aquel encuentro.

El cielo se deshacía en agua sobre sus cabezas frías. La amargura les clavaba sus puñales, y desesperados, trataban de olvidar lo inolvidable. Entre sus manos, la tormenta les refucilaba en su terror más grande. Pero la belleza de ser niños, igual se les filtraba por sus poros. Como siempre, imparable. Eran cuatro vidas. Cuatro voluntades de vivir, de seis, ocho, nueve y once años. Pero alejándose de él, bajo la lluvia intensa...

- *No. Comida no queremos. Queremos plata...* - la más grande se mordía sus palabras, cuando sus ojos centelleaban recelosos, como una loba herida. Había una belleza etérea en sus piernas flacas, en sus vestidos grandes, en sus zapatos desgastados, que también eran un número más grande que su pequeña vida... pero en todo, igual destilaban dignidad.

Con mucha pena los dejó partir desde la guardia, después de curarle las heridas en un pie, al de menor edad. *¿Acaso hubiese podido detenerlos? - ¡Que se vayan...! después de todo, el que no quiere, es porque no se lo merece...* - y se encogió de hombros, resignado. A veces duele mucho, que a uno le rechacen la ayuda que puede ofrecer.

Y se volvió con la cacerola llena, todavía humeando, a la cocina del hospital desde donde la había tomado prestada. Juana, la cocinera, se sonrió de él, mientras arrojaba a la basura los restos de comida. - *¿Cuando va a aprender usted, doctorcito...?* - Él, no le contestó...

Y se encerró en su pieza, aguardando su horario en el turno de ambulancias. Quiso dormir, pero su mente escuchaba gritos y más gritos de niños. Gritos que lo recorrían sin descanso. No eran ecos ni alucinaciones. Eran esas voces que hace mucho se extinguieron en el aire, pero que siguen deambulando por adentro de nosotros, en forma de reproches, de advertencias, de consejos. Son las voces de los padres, de maestros, o de alguno que otro amigo... - *Si no te ocupas de vos mismo, ¿quien lo hará? Si solo te ocupas de vos... ¿sirve de algo entonces, tu existencia?*

Cerró los ojos y regresó a su infancia. Aquello era distinto. Hasta los grandes disfrutaban de ser grandes, y los chicos, anhelaban ser mayores algún día. Quizá la visión de lo que habían logrado en sus vidas los adultos de ahora, le decía sin palabras, que era muy probable que no valiese demasiado, el esfuerzo titánico de alejarse de ser niño.

Y creció con miedo. Enseñado en el miedo. El miedo es miedo y es el mismo, siempre. De pequeños y de grandes, nada cambia. Solo aumentan y depuran las excusas, que nos justifican el sentirlo...

- *“Auto arrollado por el tren. Hay sobrevivientes...”* - y la ambulancia vuela a cien

kilómetros por hora, ante el pedido de la Central de Ambulancias – *Hay una nena de ocho o nueve años... todavía respira, pero nos cuesta sacarla de entre los fierros* - con tristeza y esperanzas, uno de los bomberos que lucha por desarmar el auto, se traga el llanto y parece ser muy fuerte. Solo parece. Pero igual se esfuerza al máximo.

Médico de ambulancias. Parecía haber nacido desde siempre, arriba de la ambulancia. De chico miraba pasar las ambulancias hasta que se perdían... Y un día el que iba ser médico, llegó a grande. Venciendo penas, esfuerzos y tristezas. Pero continuaba encontrándole cosas bellas a la vida, aunque la realidad se esforzaba en demostrarle sus aristas más horribles. Todo en su vida se reducía a matarse trabajando durante horas y más horas, días, semanas, meses y hasta años y más años. Y todo eso era para lograr arañar algunos pocos segundos, o minutos, o tan solo espacios y tiempos efímeros, de una fugaz felicidad. Felicidad evaporada que a veces se llamaba aplausos, otras orgasmos y muchas, muchas otras, satisfacción tibia de cumplir con un dudoso deber, auto impuesto porque sí, no más.

- ¡¡Ahí sale, ahí sale!!... - se alegran todos (hasta aplauden) – *Collar en el cuello, vía en cada brazo, oxígeno...* - unos ojos enormes de niña, inundados de miedo, sienten una ayuda, un alivio, en cada una de las ordenes del médico. Y luego se le cierran aliviados, al sentirse mejorada.

Pero no hay sorpresas grandes a esta altura de la vida de un médico de ambulancias. La muerte, siempre espera agazapada. La muerte es certeza de final, para todos. Aunque sin certeza, del cuando y de que modo. Nunca esta vida efímera, alcanza a ser certeza, salvo cuando se la cuestiona demasiado y se termina aceptándola de cualquier forma.

Cambiar la aventura de la muerte por la decrepitud de la vejez, parece la elección de casi todos. Aunque digan lo contrario. Y aunque se le tema a la muerte, siempre habrá quien arriesgue su vida por el otro. Paradojas de lo humano, aunque ser humano ya sea una paradoja.

- ¡Doctor! ¡Doctor, no se vaya! Hay otro hermanito más abajo... ya casi lo sacamos, doctor. ¿Puede esperarlo, así se lleva a los dos...? - todos aguardan el milagro de la vida, alegría del poder ganarle a la estupidez de una muerte tan temprana.

Se llama Selene y tiene nueve años. La revisa y la vuelve a revisar. Esta estable. Esperan y esperan, a que saquen también a su hermanito. El chofer de la ambulancia, hombre grande y de experiencia, tiembla ante el drama de estos niños. Enciende un cigarrillo, aunque este prohibido. Humo dulce y azulado, impregnado de tabaco. Crecer no es pretender ignorar, negar o reprimir ese dolor que te anuda las vísceras por dentro. Crecer es entenderlo a ese dolor, crecer es compartirlo, crecer es charlar a través de una emoción, crecer es lograr que sean mejores aquellos que comparten la vida con cada uno de nosotros.

- ¡Lo sacamos! ¡Lo sacamos!... - la alegría de verlo vivo al hermanito, es oxígeno puro y bálsamo bendito. Ambos hermanos se miran y sonrían, cuando lo ponen al lado de la nena. La sirena arranca y desespera en su griterío mecánico, bregando por abrirse paso entre los autos, desahogada, aunque se impone a todo miedo y así, tensa la voluntad de lucha por la vida.

- Los dos tienen muy buen pronóstico... ¡pero me avisaron que los dos padres murieron en el accidente...! Iban a buscar a otros dos hermanos más chicos, que estaban en un cumpleaños... ¡Que horrible! ¡¿Quién cuidara de ellos...?! - se lamentan los médicos de

terapia intensiva, luego de un par de horas de atenderlos.

Los recuerdos hacen cola en la mente del médico. El polvo, borrona los contornos de las cosas. Los dos niños permanecieron callados en sus camas por días, semanas y hasta meses. La violencia transformada en desgracia, se pintó en sus caras y la palabra, se relegó al cofre de recuerdos. La memoria, devenida en madre de emociones y de ideas. Vibraciones tan sutiles que el ojo no la ve, el oído no las oye y ni siquiera existen para nuestra piel. Solo el alma, se deja conmovir por ellas.

Y el tiempo fue pasando. En número de días, semanas, meses y años. Y los números crecen, columpiándose entre las tablas del dividir y del sumar. Ser médico de ambulancia cuesta mucho en emociones. Y recostado en su cama el médico piensa. Intenta revivir su infancia, para poder entender la infancia que ahora tiene frente a él. Pero todo ha cambiado. Es demasiado diferente. Todo. - *Pero esto de ser médico de urgencias, me gusta... y prefiero fracasar haciendo lo que más me gusta.*

Infancia en Coronel Pringues. Su hermano trabajó y lo ayudó a recibirse de médico. Fue hace mucho y fue muy duro. Perdieron a su padre en una madrugada de invierno que llovía. Fue cuando lo golpeó en la ruta, un colectivo expreso de larga distancia, regresando del trabajo nocturno. Quizá el padre hubiese tenido una chance si la ambulancia, hubiese llegado a tiempo. Historias del hubo de haber habido. Pero ahora la angustia maduraba lento en su corazón, más allá de toda lágrima. Flotando entre la vida y la muerte. Ilusión de seguridad en un mundo que avanza, gracias a las incertidumbres.

Pero ahora, con él como médico, las ambulancias a su cargo llegan mucho antes que cualquier otra... No puede permitir que nadie, este esperando demasiado a una ambulancia. Las hace volar... - *Excelente su tarea...* - le repiten y repiten.

- *Si ¿Pero sabes de que me doy cuenta...? Ahora no se mueren los que voy a rescatar... ahora quedan paralíticos, dementes, en coma... o desamparados en la vida...* - sorbió lento el tibio mate hasta el final, pasándoselo a la enfermera Rita, la única que podía entenderlo en sus elucubraciones y angustias - *Usted se hace demasiados problemas, "dotorcito"... En la vida, no hay que pensar tanto si uno quiere ser feliz...*

Empieza a atardecer. Desde la ventana de la habitación del médico de guardia, él observa a los cuatro purretes sentados en el cordón de la vereda. Los más chiquitos lloriquean de hambre; la más grande mordisquea su dignidad, aunque ya no le queda demasiado, por lo menos en materia de comida. El médico piensa en que volverá a ofrecerles comida.

- *Se escaparon del orfanato de menores esos cuatro pibes...* - le comenta como al pasar, una veterana pediatra de la guardia - *parece que les pegaban mucho, según me contó la más grande.*

- *¿Qué...?! ¿Los conoces...?!*

- *Si... los atendí una vez, cuando la más grande trajo enfermo a uno de ellos*

- *¿Como se llama, la más grande? ¿Sabes?*

- *Selene... Si, creo que Selene. Sus padres murieron en un accidente, creo...*

- *¿Selene...?!;Si, ya se quienes son...!* - y el médico se tapa la cara... Habían pasado tres años, después de rescatarla y de curarla a Selene y a su hermano. Al principio, todos habían querido adoptarlos... Pero al final, sin familia, terminaron en un triste orfanato.

- “¡Choque con heridos! ¡Choque con heridos en la Autopista del Oeste! ¡Ambulancia 103, parte con su dotación completa...! ¡103, 103. Parte con dotación completa...!” - el chillón altoparlante, sobresaltaba hasta las sillas... pero esa vez, el médico dudó antes de salir corriendo, disparado. Dudó solo unos segundos, pero dudó como nunca antes lo había hecho. Dudó si lo que estaba haciendo, estaba bien... A veces la existencia real, forzada en el devenir encubierto de reglas y de normas, te disfraza de eficacia, docilidad y alineación. Y no te deja pensar... O no te deja ver.

Y la ambulancia en emergencia voló y voló, como siempre, hundiéndose entre sirenas, frenazos, acelerones y bocinas. Algunos dicen que fue ese destino marcado que todos ya tenemos. Otros, que el médico se dejó estar y que no intentó hacerse nada. Es difícil saber que es lo que pasó, realmente. Quedó muy destruida la ambulancia. El impacto contra el camión de la basura, fue mortal para el chofer. Y luego se incendio...

El médico, en la repartija de fracturas y lesiones, tenía su columna destruida, justo a nivel de la cintura. Seguro que se dio cuenta (nunca fue un tonto) que iba a quedar paralizado en sus dos piernas, con una sonda en la vejiga y defecándose en pañales... Podría haber cohibido con una de sus manos, la arteria que le sangraba a borbotones en el muslo. Pero no lo hizo y se fue desvaneciendo, dejándose ir, arrastrar, abandonar, desangrándose en el vapor oscuro de la nada...

Pero no pudo ocultarse a su destino concreto de serpiente, con cabeza y cola bien visibles. El destino nos ha sido escrito en el inmenso titilar de las estrellas. El destino nos espera muy paciente... Si has de vivir, vivirás. Si no, morirás. Y otra ambulancia, con un muy buen emergentólogo, le salvó la vida en el último minuto.

Y el médico de ambulancias, sobrevivió. La última vez que lo visite, postraba su dignidad como mejor podía, en una desvencijada silla de ruedas. No le pude contestar a ninguna de sus preguntas, y menos aun, a la última que me hizo. Esa fue muy cruel, muy dura, la más difícil de todas... difícil, pues era casi imposible de responderla- *¿Qué hubiese sido de la belleza y de la gracia de la Princesa Diana, si un buen emergentólogo, la rescataba cuando tuvo el accidente...? ¿Ayudar, siempre es ayudar?*

Y nunca más lo vi.

Pero recuerdo siempre, la última vez de aquel encuentro.

... *Fin...*